

El Consell Valencià de Cultura pedirá que se conserve parte del muro de Monforte

Grisolía afirma que es necesario rodear el jardín con una verja para evitar los árboles enfermos

C. FERNÁNDEZ VALENCIA

Paseos románticos, los primeros besos de amor y melancólicos recuerdos saldrán a la luz tras la retirada del muro que rodea el jardín de Monforte y que está asfixiando la vegetación y árboles del interior. Una decisión que ha tomado el Ayuntamiento, tal y como avanzó LAS PROVINCIAS, y que apoyará en parte hoy el Consell Valencià de Cultura en su pleno.

En la junta, los miembros del órgano consultivo acordarán solicitar al Ayuntamiento que retire el muro. Sin embargo, en el dictamen que ha elaborado esta institución, puntualizarán que parte del muro se mantenga en pie en recuerdo de lo que fue este romántico jardín propiedad de la condesa de Ripalda.

En el informe plantean que se alterne parte del muro con una verja y sobre todo que se ubique una puerta en la calle Monforte porque son muchos los que se confunden y no aciertan a encontrar el acceso a este singular y romántico espacio donde se celebran bodas civiles. Pero, a pesar de que exigen que se respete parte del muro, el Consell Valencià de Cultura advierte en el detallado infor-

El jardín perteneció a la condesa de Ripalda, antepasada de Jaime de Marichalar

me, que gran parte del muro debe desaparecer con urgencia para evitar enfermedades irreversibles en los árboles. La estructura amurallada impedía que la vegetación pudiera respirar y los árboles crecían con dificultad. Incluso, los jardineros encargados de su mantenimiento comprobaron que estaban apareciendo hongos muy dañinos para la salud arbórea.

Esta propuesta ya la planteó el profesor paisajista de la Universidad Politécnica, José Francisco Ballester-Olmos.

El presidente del Consell Valencià de Cultura, Santiago Grisolía, insistió ayer en la importancia del acuerdo al que llegarán en el pleno. «Es necesario retirar el muro para la salud del jardín», explicó.

Otra de las peticiones que realizará el órgano consultivo es el de incorporar una esquina recayente a la calle Monforte junto a estos 12.000 metros cuadrados de este jardín declarado Artístico Nacional en 1941 por su singularidad.

Si la propuesta prospera no será el único lugar que conserve parte del muro como señal de identidad. En la antigua cárcel modelo, donde se está construyendo un centro administrativo, se conservará un fragmento del muro que rodeaba todo la instalación penitenciaria. Berlín también conservó parte del muro que dividió la ciudad en dos y que hace escasos días se celebró su 20 aniversario de su caída.

La importancia de este singular jardín radica en su historia



PRIMER FICUS. El jardín, parte del palacio de Ripalda. /MARSILLA

nacida tras el capricho de la condesa de Ripalda, antepasada de Jaime de Marichalar. La condesa, María Josefa Paulín de la Peña, viajó en su infancia a Francia y a Bélgica y soñaba con un palacio y un jardín de la misma belleza que los visitados con su padre.

Su sueño hecho realidad y en su segundo matrimonio con el conde de Ripalda logró que le construyeran un castillo emulando a un chateau francés de estética romántica y, sin duda, un precedente en la Valencia de aquella época.

Costa azul

Situado en el comienzo del Paseo de la Alameda, frente a la Fuente de las Cuatro Estaciones, en la ciudad de Valencia, el palacio de Ripalda fue construido entre los años 1889 y 1891 por el arquitecto valenciano Joaquín María Arnau Miramón. Pero el castillo albergaba un jardín con estética similar a los de la Costa Azul.

El jardinero mayor del Reino, Fernando Llopis, fue el encargado de satisfacer los deseos de la condesa y plantar el primer ficus de Valencia. Un ejemplar que ya decoraba los jardines europeos, pero que nunca visto en Valencia. Este ficus, ubicado junto al edificio de la Pagoda preside la Alameda desde 1881. El ejemplar se encontraba dentro del recinto amurallado del palacio, pero cuando se derribó y se construyó el edificio de la Pagoda quedó al descubierto y luce desde entonces.

El profesor Ballester-Olmos ha estudiado e investigado la historia de este palacio, la vida de la condesa de Ripalda y los detalles de este jardín de ensueño y testigo de muchos besos robados.

www.lasprovincias.es

Encuesta: ¿El muro del jardín de Monforte se debe derribar en su totalidad?

ANÁLISIS

EN DEFENSA DEL MURO

Los jardines cerrados —“hortus conclusus”— han gozado siempre de un gran prestigio en la alta cultura. Juan Ramón hablaba de la triste y dorada suntuosidad de los parques y Paul Verlaine se deleitaba en el perfume melancólico de los jardines galantes.

Esos jardines han sido el refugio de besos robados y de amores prohibidos en medio de la desinhibición que permite la naturaleza con la erótica alegría de sus árboles, plantas y flores, pre-

cisamente porque están cerrados y pueden así guardar los secretos de amantes furtivos. Pero ¿qué sería de ellos sustituyendo sus muros por una verja homicida?

Viene esto a cuento de una noticia aparecida en LAS PROVINCIAS, firmada por Carolina Fernández el viernes 20 de noviembre en que se habla de la posibilidad de derribar el muro del jardín de Monforte.

¿Qué barbaridad! En una zona en la que han desaparecido edificios de la exposición de 1909, en que se han derribado los chalets

de la ciudad de los periodistas o ha caído el neogótico palacio de Ripalda ¿se va a derribar también un vestigio de tanto aprecio y tanta dignidad como el muro de Monforte?

Sería una pena que una obra de mampostería, con su densa cobertura cerrando arbustos y árboles que permiten cobijarse bajo sus sombras, desapareciera por razones tan frágiles como las que se anuncian para justificar esa atrocidad. Porque el riesgo de aumentar las plazas de “parking” subterráneos, los edificios de ce-

mento o los hospitales y clínicas de la zona es demasiado tentador para no temerlo.

Los jardines de Monforte son el símbolo de supervivencia de una época en la que la sociedad urbanizada poseía aún el aroma de la nostalgia del campo. Un remanso de paz contra la zozobra de los coches y un velo de recogimiento que nos permite asistir aún a los misterios de la naturaleza refinada por un paisaje de estatuas, fuentes y pasadizos. Perder toda esa secreta locuacidad de la naturaleza y exponerla a los ojos de los transeúntes no se le puede ocurrir a nadie que tenga una mínima sensibilidad por la belleza.

Reivindico por eso su preservación total: así, como los parterres. Representan para mí esa fragancia del pasado, ese “aroma del vaso” del que hablaba Azorín cuando ya se había degustado la bebida que contenía.

Si alguien los daña o los toca, se las tendría que ver con el célebre Valle-Inclán cuyo marqués de Bradomín describía los jardines umbríos como un lugar donde “en otro tiempo pasó la vida amable de la galantería y del amor”.

Cambiarlos, retocarlos, derribarlos, es una presunta salvajada que sólo serviría para demostrar la degradación humana en la que se hunde, un poco más cada día, este país.

PEDRO J. DE LA PEÑA

